

...además, acortas perfectas... de la estatura de Colon, la forma de las facciones, el color de los ojos... difieren algo respecto de su estatura. Sin embargo, hay de esto la más leve duda, porque es cierto que Cristóbal Colon... Sabese además que el intrépido Bartolomé Colon, dotado de una estatura más baja que su hermano mayor. Las Casas... lo dice positivamente (1).

Exceptuando pequeños... los principales acontecimientos de la vida de Cristóbal Colon se desarrollaron en un orden, desde su estancia en Lisboa, y quedan enteramente... ó hablando propiamente, aquí comienza su historia.

El primer hecho que de... después de su casi maravilloso arribo a Portugal, el cual corresponde... es la edificante asiduidad con que asisua á las funciones... la época de su vida que fué para él la más propia... sus facultades comparativas, conferidas... y comparadas con los grandes de la época.

§ II.

Había... alcanzado el complemento... de su estatura elevada tomaba de... una vara... su firme apostura... presentaba un... algo ancha... mejillas bastante... por una insensible disminución... Lo espacioso de su noble frente revelaba... de sus cejas parecía pesar una... En sus ojos garzos (3) brillaba... (4) terminaba en ventanas... Las extremidades bastante

(1) «Bra persona de muy buena estatura... de tiempo... de Colon... Almirante.» — Las Casas, *Historia general de las Indias*, tomo I, cap. 51, No. 1.
 (2) «Las mejillas no poco altas, sin declinar de guiso...» — Fernand... *Historia del Almirante*, cap. 11.
 (3) «Los ojos garzos.» — Ovando y Valdes. — «De los ojos garzos.» — Antonio de Herrera.
 (4) «La nariz aguileña.» — Fernand Colon. — «El nariz aguileño.» — Girolamo Benzoni.



Lit. Andaluces. Don. B. Campi lit.

CRISTOBAL COLON

marcadas de la boca indicaban cierta particular expresion. Como señal de bondad, su labio inferior sobresalía algo al superior. En la barba tenía un gracioso hoyuelo. Veíanse algunas pecas en las mejillas cuyo color era encendido (1). Bajo la continua elaboracion de una idea única, durante tres años, su cabellera de color rubio algo castaño, comenzaba á encanecer (2).

Esta diversidad de tonos, estos contrastes unían á su lozana virilidad el lustre de una madurez precoz. La postura de su cabeza en natural armonía con sus movimientos, y estos en perfecta relacion con su estatura, formaban entre su cuerpo y su sér moral una unidad acabada. Su manera de andar, su continente, sus ademanes, revelaban una dignidad innata que él mismo no sospechaba. A pesar de la incertitud de su porvenir, de su condicion precaria y de la modestia de sus vestidos, en ninguna parte podía pasar desapercibida su presencia.

A estas cualidades exteriores correspondían las facultades más espléndidas del alma. Á una rara finura de oído unía un alcance de mirada que acercaba las distancias y ambas le permitían la exacta apreciacion de las cosas lejanas. Su delicado gusto le facilitaba distinciones que no comprendía el vulgo. Todas estas ventajas, empero, eran todavía inferiores á la sutileza de su olfato, que apreciaba de golpe las diversas combinaciones de los olores. El ejercicio precoz de estos sentidos había desarrollado su facultad poderosa de percepcion. Su ardiente amor á la naturaleza le llevaba continuamente á la contemplacion de ella durante el día, y á la observacion de los astros en las noches serenas. Navegando cerca de las costas, aspiraba deliciosamente los aromas balsámicos procedentes de la orilla; y en medio de las olas respiraba con holgura las brisas cargadas de emanaciones, ya espumosas, ya salobres y amargas. Contemplaba con admiracion y ternura las obras del Criador, buscaba con avidez las flores, los pájaros, las producciones del mar, y saboreaba sobre todo los aromas de la vegetacion.

Sencillo por necesidad, Cristóbal Colon no gastaba en sus vestidos más lujo que el aseo, y el suyo era exquisito. Á la más escrupulosa limpieza del cuerpo, á la falta absoluta de manchas, rasgones y descuido en sus trajes, que sabía hacer muy duraderos, procuraba añadir la blancura y á menudo la finura de la tela, que llevaba siempre impregnada del aroma de rosas y acacias ó de flores de azahar, que dejaba secar, envueltas entre sus ropas, en su cofre de marino. Nunca se disminuyó su inclinacion á los olores suaves. Gustábanle las flores olorosas, las plantas aromáticas, las maderas odoríferas, las gomas balsámicas, los perfumes en esencia y polvo, los cojinillos, las aguas de olor. En su pobre camarote, adornado únicamente con

(1) « Y la cara algo encendida y pecosa. » — Oviedo y Valdez.

(2) « Pero de treinta años ya le tenía blanco. » — Fernando Colon.

algunas curiosidades de historia natural, en medio de sus mapas y manuscritos, se exhalaban dulces aromas. Complaciase también en perfumar sus guantes, y sobre todo su papel para cartas.

Esta elegancia le era natural como también su gracia en montar sin que se hubiese ejercitado en la equitación. Su tacto en las relaciones sociales y en sus palabras, su manera de ser y de presentarse indicaban desde luego al perfecto caballero. Su rostro por sí sólo revelaba su nobleza de ánimo, y le daba cierto aire de autoridad (1) que llamaba la atención de los inteligentes. Parecía «hombre noble y de autoridad, lo que mostraban perfectamente su semblante y perfil (2).»

Aunque desde la edad de catorce años había vivido siempre Cristóbal Colon en el mar, en los puertos con los marinos, no participaba sin embargo de sus ordinarios defectos. Detestaba los juramentos, las canciones deshonestas; bebía poco vino; no podía sufrir los juegos de azar; despreciaba las diversiones frívolas; era parco en la comida, y conservaba en tierra sus frugales hábitos de a bordo. Su extremada sobriedad le hacía preferir un régimen de comida casi del todo vegetal. En los puertos del Levante había contraído algunos hábitos de higiene árabe. Absteniase sin disgusto de carnes, para no mantenerse sino de pan, arroz, huevos, legumbres frescas, dátiles, pasas, granadas, sandías y naranjas. Como bebida, prefería al vino agua mezclada con azúcar negro de Canarias, aromatizada con algunas gotas de agua de azahar.

Esta frugalidad iba acompañada de un espíritu de orden, arreglo y puntualidad que le privaba de diferir para el siguiente lo que podía hacer el mismo día; conocía el valor del tiempo. Jamás se le vió obrar al azar, ni separándose de los consejos del deber ó de la lógica. No se detenía en lo bueno, si esperaba llegar á lo mejor. Á la manera que el infante don Enrique, había tomado por divisa: «Voluntad de hacer bien,» Colon realizaba su deseo. Era la misma nobleza de emulación con la divisa de menos y la modestia cristiana de más.

Cariñoso para con sus allegados, afable con sus amigos, mostrando á sus inferiores la benevolencia de la superioridad, lleno de una urbanidad que no se aprende en la cubierta de un buque; su facilidad en el expresarse, su forma pintoresca, sus expresiones, atrevidas á menudo, felices siempre, daban atractivo á su conversacion. Las vibraciones del timbre de su voz, grave y puro, hacían penetrar profundamente su palabra, según sus emociones, y se comprende muy bien la acogida que le dispensaron algunos ricos comerciantes genoveses que tenían una factoría en Lisboa.

(1) «*El rostro luengo y autorizado.*» — Antonio de Herrera.

(2) Oviedo y Valdez. *Historia natural y general de las Indias*, etc., lib. II, cap. III. El autor tuvo á la vista la traducción de Juan Poleur, ayuda de cámara de Francisco I.

A pesar de esta habitual suavidad, por su naturaleza era Cristóbal Colon impaciente, é inclinado á la ira. La fulgurante rapidez de su pensamiento, activando el ardor de su fuerza, aceleraba la circulación de su sangre, y entonces llegaba á ser terrible; pero este primer movimiento, impetuoso como la violencia, no llegó á dañar á nadie sino á él mismo. La reflexión, no ménos súbita que el arrebató, sujetaba á éste, y reprimía fuertemente sus movimientos. Parecía que esta extremada irritabilidad se le había dado como una prueba, como una ocasión de combatirse, de vencer su propensión natural, de allanar ese obstáculo interno ántes de triunfar de los obstáculos exteriores. Se condenó con la más excesiva impaciencia á quien debía llegar á ser el modelo de la misma paciencia, á fin de realizar su heroica empresa.

Acordándose Cristóbal Colon del ejemplo paternal y de las recomendaciones de su piadosa madre, había conservado á bordo las costumbres cristianas de su infancia. Sabemos, por su propio testimonio, que el mar había sido alimento inagotable á su contemplación. Desde su llegada á Lisboa, iba regularmente cada mañana, á oír misa en la iglesia de Todos los Santos contigua á un convento de mujeres. Su aire de distinción y la piedad de su recogimiento se hicieron notar por entre las rejas del convento. Una noble señorita que estaba en él, entre las pensionistas, se tomó el mayor interés por él, y queriendo absolutamente conocerle, inventó su tierna curiosidad un medio para que le fuera presentado.

Llamábase doña Felipa de Perestrello.

Era hija de Bartolomé Moguis de Perestrello, noble italiano, domiciliado en Portugal, antiguo empleado de la casa del rey, uno de los protegidos del infante don Enrique, y quien, por su calidad de perfecto marino, había sido agregado á las últimas expediciones de descubrimientos. En recompensa de sus servicios de mar, el promovedor de la navegación, don Enrique, le había hecho nombrar gobernador de Porto-Santo, autorizándole para colonizar dicha isla donde se le habían otorgado para él y los suyos grandes posesiones. No obstante, como carecía de suficientes capitales, su ensayo de colonización vióse dificultado desde el principio, y los trabajos de cultivo se paralizaron ante un obstáculo tan grave como ridículo. Algunos conejos, llevados á la isla, se habían en poco tiempo multiplicado en ella con tal fecundidad, que la rapidez de su propagación excedía á la encarnizada guerra que les hacían los colonos, muy poco numerosos todavía. Aquellos pequeños cuadrúpedos roían todos los vegetales, destruían, durante la noche, las plantaciones y desanimaban á los labradores.

Sólo afanes y gastos le había valido á Bartolomé Moguis de Perestrello su gobierno de Porto-Santo. Había muerto, arruinado por la estéril extensión de sus haciendas, dejando con su viuda tres hijas cuyas gracias y virtud constituían su principal dote.

Esta falta de fortuna no impidió á Colon el ofrecer su mano á doña Felipa. Entre el momento de la presentacion y el del matrimonio, trascurrió un intervalo bastante largo, probablemente á fin de que la viuda de Perestrello pudiera informarse de las cualidades de su futuro yerno, y precaverse de un matrimonio desgraciado. Esta circunstancia dice una vez más, que, á pesar del oficio de su padre, descendía Cristóbal Colon de una familia antigua. No solamente se verificó el matrimonio con el consentimiento de la familia Perestrello, sino que despues de la union de los nuevos esposos, les tuvo en su casa su suegra. No podia ser más estrecha esta union, y decia muy alto que la noble señora no se avergonzó de tener por yerno á un extranjero sin bienes, sin condicion distinguida, sin profesion clasificada. ¿Es creible que se hubiese adoptado de esta manera al hijo de un simple cardador de lanas?

Cristóbal Colon continuó trabajando en sus mapas y manuscritos, para asegurar su pan de cada día, porque dificilmente bastaba para su subsistencia el dote de su esposa. Sin embargo, la categoria que habia ocupado su suegro, las relaciones anejas á ese honroso matrimonio le daban acceso á las personas más distinguidas, como lo prueba sin disputa una circunstancia que se ha escapado hasta hoy á la atencion de los biógrafos. El rey Alfonso V, que, sin emprender grandes expediciones marítimas, sin embargo, por tradicion y por instinto se interesaba por las cosas del mar, admitía francamente á su presencia á ese piloto extranjero, cuya conversacion le cautivaba. Colon hablaba con él de ciencias naturales y de aventuras marítimas. Un día, á consecuencia de una conversacion acerca de sus dudas cosmográficas, y quizás para confirmar las ideas del genoves, le hizo ver el monarca unas cañas de enormes dimensiones, extrañas á los climas de Europa, que las tempestades habian empujado á la costa de las Azores (1). Este hecho, insignificante en apariencia, es muy significativo.

De esta manera, aunque la idea de su plan no se manifestara de una manera completa sino durante el año cuarto de su permanencia en Portugal, podemos afirmar que ya habia concebido el proyecto de examinar la totalidad de este universo; porque este hombre no se contradijo jamas. Penetrando en el secreto de su vida, se le halla siempre el mismo. Lo que fué en edad más adelantada, era en su juventud. No se sabe la época de su nacimiento sino por la de su muerte; no se conocen los movimientos de su juventud sino por las revelaciones de su edad madura, y no se supieron plenamente las ideas de su madurez, sino por los pensamientos de sus postreros años. Ha dejado escrito que el que se dedica á la navegacion se siente poseido del deseo de penetrar los secretos de este mundo (2).

(1) Herrera, *Historia general de las Indias occidentales*, década I, lib. I, cap. II.

(2) « La misma arte inclina á quien le prosigue á desear de saber los secretos deste mundo. » — Cristóbal Colon, *Carta del Almirante al Rey y á la Reyna*, fól. 4 del libro de las profecias. Docum. diplom., n.º cXL.

Esta confesion hecha en su vejez nos revela las meditaciones de su edad madura y de su adolescencia. Hé aquí la involuntaria confidencia de estos largos años pasados en el mar, sin provecho para su fortuna, sin beneficio para sus adelantos.

¡Por qué medios tan maravillosos obra la Providencia! De un mal saca un bien para aquél que parece su victima. Á pesar suyo se encuentra Colon llevado al centro de las ideas que debian ensanchar sus miras, se halla en el pueblo, único en el mundo, dedicado á los descubrimientos, y adquiere nociones cada vez más desarrolladas acerca del Océano y las regiones del Sur.

La idea que silenciosamente crecía en él, el gérmen que la reflexion fecundaba en ella, el estudio y la contemplacion de la obra divina recibió de repente un rápido desarrollo en el seno de su propio foco. En las conversaciones de la intimidad, su suegra, mujer de eminente piedad, muy celosa de la propagacion de la fé (1), asombrada de su inclinacion á penetrar lo desconocido, de su deseo de descubrir las regiones ignoradas, le contó la vida de su marido, que habia sido un hábil marino. Hízole saber de qué manera habia cooperado al descubrimiento de varias islas, y le confió las notas y diarios de los viajes de su suegro, de cuyas observaciones sacó muy pronto Colon un apoyo para su proyecto. Examinó todo el progreso de los portugueses en la costa de Guinea, y el derrotero que seguian para recalar en ella. Al cabo de algun tiempo, se embarcó con doña Felipa, su esposa, para su estéril posesion de Porto-Santo, donde vivió algun tiempo, y allí nació Diego, su primogénito.

Rodeado de la inmensidad de las aguas, imágen del infinito, bajo la deslumbradora luz del sol tropical, maduraba el genio de Colon en los abismos de su pensamiento una idea sobrehumana, un proyecto tan osado que sobrepujaba el heroismo conocido. Lo que vió y oyó no hizo sino corroborar lo atrevido de sus inducciones. Sus costumbres, sus aficiones, sus relaciones de vecindad y parentesco parecian convenidas préviamente para servir al plan que se elaboraba en las profundidades de su imaginacion.

La segunda hermana de doña Felipa tenia tambien derechos á las posesiones de Porto-Santo. Casóse con un noble marino, Pedro Correa, que fué gobernador de aquella isla. En el seno de la confianza del hogar doméstico podia Colon comunicar sus opiniones cosmográficas á ese navegante y recoger sus observaciones. Tuvo ocasion de hacer algunos viajes á las islas que más se internan en el Atlántico, léjos de la costa africana. Fué á Madera, á las Azores, pasó á la costa de Guinea, visitó la embocadura del *Rio de Oro*, permaneció en la fortaleza de San Jorge de la

(1) El P. Ventura de Raulica, *La Mujer católica*, tom. II, pág. 325.